

Javier Alonso López

La última semana de Jesús



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2019
Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Caravaggio, *Flagelación de Cristo*. Museo de Capodimonte, Nápoles.
© ACI / Bridgeman
Selección de imágenes: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Javier Alonso López, 2004, 2019
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-500-6
Depósito legal: M. 3.835-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Nota previa

13 Introducción

PRIMERA PARTE: EL MUNDO DE JESÚS

27 1. Judea en tiempos de Jesús

28 Alejandro Magno y los reinos helenísticos

31 Los Asmoneos

36 Roma

41 Herodes el Grande

47 Los hijos de Herodes: el fin de la *pax herodiano-romana*

50 Galilea

56 Judea, provincia romana

59 Poncio Pilato

62 La sociedad judía en tiempos de Jesús

73 2. Jesús de Nazaret, el hombre

73 Jesús, ¿personaje real o mito?

90 Datos probables para una biografía de Jesús

133 3. El escenario, Jerusalén

133 Los alrededores de Jerusalén

137 Jerusalén

147 El monte del Templo

SEGUNDA PARTE: LA ÚLTIMA SEMANA DE JESÚS

163	4. Seis días de abril
163	Domingo
173	Lunes
180	Martes
194	Miércoles
205	Jueves
234	Viernes
309	Apéndice: La fecha exacta de la última semana de Jesús
313	Glosario
319	Bibliografía

*A mi hija Carmen, porque la princesa,
aunque encerrada en su torre, sigue siendo
el personaje más hermoso del cuento.*

Nota previa

La presente obra es una revisión de la edición original publicada en 2003. En el proceso ha habido correcciones, puntualizaciones, puestas al día e incluso cambios profundos en algunos puntos concretos para adecuar la obra tanto a las últimas novedades de la investigación como a la propia evolución del pensamiento del autor sobre algunos aspectos determinados de la cuestión.

La narración que se ofrecerá en las siguientes páginas parte de la premisa de que todos los hechos relacionados con la pasión de Jesús de Nazaret, desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección (aunque este libro se detendrá en el viernes), ocurrieron en el transcurso de una semana. Ése es el espíritu del libro, que lo asume desde su propio título y basa su estructura, a partir de este momento, en un relato cronológico que sigue, día a día, las vicisitudes por las que pasó el Nazareno.

Sin embargo, la investigación histórica parece desmentir este hecho basándose, sobre todo, en una circunstancia concreta: el Domingo de Ramos parece preservar el recuerdo de la celebración de una fiesta de Tabernáculos, no de una Pascua, y, por lo tanto, esta escena debió de tener lugar en septiembre-octubre. La propuesta de los historiadores es que los evangelistas comprimieron en una semana unos acontecimientos que, en realidad, se desarrollaron durante al menos varios meses, desde la fiesta de Tabernáculos en otoño hasta la muerte de Jesús, ahora sí, durante la Pascua, en primavera.

Por lo tanto, este libro no hace más que seguir la ficción creada por los evangelistas, pero se obliga a explicar convenientemente cada escena, de manera que desmascara voluntariamente su propia ficción.

Por último, se ha ampliado la bibliografía para incluir en ella obras más recientes y se han suprimido algunas de las imágenes de la edición original.

Espero que el resultado final satisfaga al lector y le ayude a profundizar en este tema tan apasionante.

Madrid
enero de 2019

Introducción

En el año 325 d. e. c., Santa Elena, madre del emperador Constantino, emprendió un viaje a Palestina, una de las provincias del gran imperio gobernado por su hijo. Lo que hacía diferente este viaje era que no se trataba únicamente de una visita oficial, sino también de una peregrinación en busca de los Santos Lugares, aquellos puntos de la geografía palestina que habían sido testigos de la vida, predicación y muerte de Jesús de Nazaret. Con una eficacia arqueológica que nos recuerda a la facilidad que tiene el cinematográfico Indiana Jones para encontrar tesoros, y con la ayuda de Macario, obispo de Jerusalén a la sazón, Santa Elena identificó en poco más de un año numerosos escenarios de la vida de Jesús, entre los que destacaban los emplazamientos del portal de Belén y del Santo Sepulcro, además de los lugares donde se habían realizado numerosos milagros mencionados en los evangelios. Sobre estos lugares marcados por la madre de

Constantino se comenzaron a construir las iglesias y basílicas que proporcionarían un marco físico a unas historias que, hasta entonces, carecían de él.

No es éste el lugar para cuestionar el acierto de los emplazamientos elegidos por Macario y aceptados por Santa Elena, y nos limitaremos a señalar únicamente que realizó estos descubrimientos siguiendo, además de su inquebrantable fe y su atrevida ignorancia, las indicaciones, en ocasiones muy poco precisas, que le ofrecían los evangelios. Lo que pretendía Santa Elena era completar de algún modo los vacíos que sentía en los relatos del evangelio; quería ver con sus propios ojos los lugares, quería comprender mejor ciertas cosas que resultaban incomprensibles en el texto.

Pero Santa Elena sólo fue una precursora, y desde entonces no ha cesado esta obsesión por completar nuestra información sobre la vida y obra de Jesús de Nazaret. Con el paso de los siglos, esta *Jesusmanía* ha adquirido formas muy diversas, y, así, hemos sido testigos de la aparición de numerosos libros, de la filmación de decenas de películas, del auge del turismo religioso (para el que, desde estas páginas, sugiero a Santa Elena como patrona fundadora), que ha pasado de ser una experiencia personal a convertirse en un fenómeno de masas, de manera que, si tenemos la fortuna de visitar Israel, en cada esquina podremos toparnos con un grupo de peregrinos, guiados por un religioso, que intenta descubrir en cada piedra, en cada rincón, un resto, por minúsculo que sea, que le ponga en contacto con Jesús, que le acerque un poco más a él.

Lógicamente, todas estas formas de entender y «experimentar» a Jesús de Nazaret se basan, en gran medi-

da, en una misma fuente original: los cuatro evangelios canónicos conservados en el Nuevo Testamento. Poco a poco, una versión conjunta de las narraciones de Mateo, Marcos, Lucas y Juan ha forjado una imagen de Jesús que ha quedado grabada a fuego en las mentes de casi todos los adultos del mundo occidental, sean o no creyentes, sin que, por lo general, seamos capaces de asegurar a ciencia cierta cuál o cuáles de los evangelistas mencionan un dato concreto sobre la vida del Nazareno.

Para ilustrar mejor esta circunstancia, me permitiré proponer al paciente lector una pequeña prueba, rogándole que intente responder a las siguientes cuestiones:

1. Cuando Jesús pregunta a sus discípulos «¿Y vosotros quién decís que soy yo?», y Pedro responde «Tú eres el Mesías», ¿qué evangelio es el único que presenta la respuesta de Jesús «Y yo digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia»?
2. ¿Qué dos evangelios son los únicos que comienzan el relato de la vida de Jesús con los hechos relativos a su concepción y nacimiento?
3. ¿Cuál es el único evangelio que afirma que la Última Cena no fue una celebración de la Pascua judía?
4. ¿Qué evangelista no menciona a los dos bandidos crucificados junto a Jesús, y cuál de ellos cuenta que uno de ellos expresa su deseo de estar junto a Jesús en el Reino de los Cielos?

Si el lector siente curiosidad por conocer el alcance de sus conocimientos, puede consultar las respuestas correctas en la nota al final de esta introducción*.

En cualquier caso, sirvan estos cuatro ejemplos para señalar una deficiencia de los cuatro evangelios. A pesar de contar, en líneas generales, una misma historia, hay una gran cantidad de detalles diferentes entre ellos, lo que nos aleja considerablemente de la posibilidad de saber qué es lo que ocurrió en realidad.

Pero hay otra deficiencia de los evangelios que es aún más profunda, y responde a la propia concepción y propósito de los mismos. Tal y como han llegado hasta nosotros, los cuatro evangelios son unas narraciones escritas en griego, que era la lengua internacional del Imperio Romano oriental, y el público al que van dirigidos no era un público judío, sino gentil. Por eso, en algunos casos, se omitían ciertos detalles propios del contexto judío original que carecían de interés para el lector, mientras que, en otros, se modificaban ciertas informaciones para acomodarlas al entendimiento o sensibilidad de este público. Aunque también podía ocurrir lo contrario. Si el público al que iba dirigido un determinado evangelio era judío, aunque de cultura judía griega, no era necesario explicar ciertas cosas que, por su condición de judío, conocía sobradamente.

Por otro lado, el propósito de los evangelios no es histórico, sino teológico. El mensaje que se pretende transmitir puede resumirse en pocas líneas: Jesús de Nazaret era hijo de Dios, fue crucificado y resucitó al tercer día, y mediante este sacrificio y resurrección había salvado al mundo del pecado. A través del conocimiento de estos

hechos, los evangelios ofrecen a todo aquel que quiera creer en Jesús (y no sólo a los judíos) la posibilidad de participar del Reino de Dios.

Quizás, desde el punto de vista teológico, no sea importante la diferenciación entre los hechos históricos y el mensaje teológico, pues el segundo prima de tal manera sobre el primero que parecen olvidarse las más elementales reglas lógicas. Pruebe, si no, el avisado lector a preguntar a un ministro de la Iglesia (no importa la confesión) sobre si lo que le dieron a beber a Jesús en la cruz era vino con mirra (como afirma Marcos) o agua con vinagre (Mateo, Lucas y Juan). La respuesta será, sin lugar a dudas, que se trata de un detalle menor, y que lo que realmente importa es la buena nueva que anuncia el evangelio, a la que no afecta en absoluto que sea Marcos o los otros tres evangelistas quien ofrezca la versión más ajustada desde el punto de vista histórico.

Sin embargo, para el historiador es imprescindible realizar un análisis riguroso de los textos a la hora de intentar conseguir sus objetivos, a saber, deducir en la medida de lo posible cómo ocurrieron realmente los hechos. Sólo así podrá separar el grano de la paja o, lo que es lo mismo, hecho histórico e interpretación teológica (o política).

Llegamos así al propósito de este libro. Lo que se intentará ofrecer en las siguientes páginas es una visión de la última semana de Jesús de Nazaret, desde su entrada triunfal en Jerusalén hasta su muerte en la cruz y posterior entierro. Se utilizará como hilo argumental el propio relato en el orden que proponen los evangelios, pero deteniéndonos en cada episodio para cumplir una múltiple

función de explicación, ampliación, elección o modificación de las informaciones que nos ofrezca el texto evangélico. Para una mayor claridad, pondré un breve ejemplo de cada una de estas situaciones.

Gran parte de las disquisiciones de este libro tratarán de *explicar* hechos, palabras o situaciones que, por una razón u otra, quedan poco claros a veintiún siglos de distancia y para un lector occidental medio. Por ejemplo, la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén a lomos de un pollino blanco es un acto con unas connotaciones muy precisas para cualquier judío del siglo primero de nuestra era, pero su significado se escapa, al menos en parte, a la mayoría de nosotros. La cuestión sobre el pago del tributo al emperador o qué era una cena de Pascua podrían ser otros ejemplos de esta función explicativa.

Como hemos comentado, en numerosas ocasiones los evangelistas suprimieron u omitieron información que consideraron irrelevante para los destinatarios de sus textos. Quizás el ejemplo más claro sea el del escenario de los hechos. Poco o nada cuentan los evangelios sobre cómo era realmente Jerusalén en aquellos momentos, la extensión de la ciudad, los principales monumentos, la población, incluso el Templo, mencionado a menudo, pero del que no se nos ofrece descripción alguna. Por eso, una de las labores de *ampliación* consistirá en devolverle al relato su contexto geográfico original, situando al lector en la Jerusalén de, aproximadamente, el año 30 d. e. c. Sin embargo, esta misma labor se extenderá también a todo el contexto histórico, cultural e institucional que interese al historiador para comprender mejor los últimos días de Jesús de Nazaret.

Las cuestiones de *elección* se centran en el estudio de los propios textos evangélicos. Como hemos comentado anteriormente, existen numerosas divergencias, y no siempre menores, entre las versiones de los cuatro evangelistas. Y aunque es verdad que, desde el punto de vista teológico, la mayoría de ellas carece de importancia, para el historiador son detalles que pueden resultar de un valor incalculable y que, en cualquier caso, le acercarán un poco más a los hechos tal como ocurrieron. Valgan como ejemplos los casos mencionados anteriormente sobre si Jesús bebió vino con mirra o agua con vinagre, o si la Última Cena fue una celebración pascual o no.

Dentro de este apartado de *elección* se incluye la *supresión*, dentro del hilo argumental, de ciertos datos o pasajes que son claramente elaboraciones teológicas de los evangelistas y no pertenecen, por lo tanto, a los acontecimientos históricos estudiados. La mayoría de estos pasajes se pueden identificar porque incluyen referencias *ex eventu*, es decir, intentan hacer pasar por profecías de Jesús acontecimientos que, en realidad, él no podía prever, y que sólo el evangelista relaciona *a posteriori* con las palabras y hechos de Jesús. Para mayor claridad, citaré unos pocos ejemplos. El primero de ellos es la parábola de la viña y los renteros homicidas (Mc 12, 1-12), en la que Jesús se presenta a sí mismo como el hijo del dueño de la viña asesinado por los renteros, una clara alusión a su próxima muerte en la cruz. Otro caso similar sería la profecía sobre la destrucción del Templo («¿Ves esos grandes edificios? No quedará ahí piedra sobre piedra que no sea derruida», Mc 13, 2, cf. Lc 19, 44).

Por último, la labor que, posiblemente, resulte más complicada de todas, la *modificación* de la visión tradicional de algún aspecto del relato o de algún concepto general. En este apartado se concentra la aportación más original del libro, pues pretende ofrecer una visión de conjunto de los hechos acaecidos durante la semana anterior a la muerte de Jesús que esté de acuerdo con los datos disponibles y con el análisis *puramente histórico* de los mismos. El resultado final será sorprendente para la mayoría, lógico para algunos y, quizás, inaceptable para otros. Sin adentrarme en los detalles, adelantaré que lo que aparecerá ante nuestros ojos será un Jesús con una fuerte carga política antirromana y con un plan bien definido: su ascensión al trono de Israel por medio de una serie de acontecimientos que deberían desencadenarse a partir de su entrada en Jerusalén. Evidentemente, el plan fracasó, y su propósito inicial quedó diluido (aunque todavía podemos rastrear sus restos por todas partes dentro de los textos) por las diferentes modificaciones e interpretaciones teológicas y políticas que realizaron los autores de los relatos evangélicos.

Así pues, podríamos resumir el propósito del libro en una pregunta: el hecho *X* mencionado en los evangelios, *si es que ocurrió*, ¿cómo fue en realidad? Para responder a esta pregunta, aplicable a todos los hechos comentados en el libro, utilizaremos tres herramientas fundamentales.

La *arqueología* nos será de gran ayuda para responder a cuestiones como, por ejemplo, cuáles eran las costumbres funerarias de los judíos en esta época concreta, y poder saber así cómo debió de ser el entierro de Jesús; o, gracias al descubrimiento de los restos de un hombre crucificado en

Giv'at ha-Mitvar, cómo era exactamente una crucifixión, bastante diferente, por cierto, de la imagen clásica que nos hemos formado a través de las pinturas renacentistas y barrocas. Los datos arqueológicos nos proporcionarán también información acerca de los escenarios en los que tienen lugar los acontecimientos narrados, así como sobre objetos y costumbres concretos de la época.

El segundo gran pilar sobre el que se construirá este libro serán los textos, en su mayoría judíos, que ampliarán hasta límites insospechados la riqueza de detalles sobre el mundo de Jesús y sobre algunas circunstancias concretas de sus últimos días de vida. Destaca, en primer lugar, el Antiguo Testamento, fuente inagotable de citas y alusiones durante toda la vida de Jesús, y al que se debe recurrir también para interpretar algunos de sus actos. Por otro lado, no hay que olvidar toda la literatura judía disponible gracias a los descubrimientos de la biblioteca esenia de Qumrán, conocidos más familiarmente como Manuscritos del mar Muerto, así como a los textos legales y religiosos judíos de esta época y siglos posteriores, que aclararán numerosos detalles del comportamiento de los personajes de la historia.

Estos dos pilares, la arqueología y los textos, no serían de gran ayuda sin el estudio e interpretación de los mismos que se ha llevado a cabo desde el mundo académico. Se trata de una labor minuciosa, sin la menor garantía de éxito y, en muchos casos, ingrata. Sin embargo, a lo largo de los años, y gracias al esfuerzo de muchos estudiosos, se van obteniendo pequeñas piezas del gran puzle que entre todos intentamos reconstruir. Es muy posible (de hecho, algunos afirman su absoluto convencimiento) que jamás

lleguemos a tener la imagen completa, pero cada nueva pieza nos acercará un poco más al objetivo final.

El libro que tiene entre las manos es una obra de divulgación, con las ventajas e inconvenientes que éstas conllevan. El autor transmitirá al lector los resultados de las investigaciones de otras personas, cribando, racionalizando y haciendo comprensible una información que no suele estar al alcance del lector medio, que, de esta forma, se evitará leer una ingente cantidad de libros y artículos en varios idiomas, plagados de notas y, en algunos casos, redactados, además, en un estilo tan preciso y técnico como aburrido. Pero esta aparente ventaja se tornará también en desventaja, pues se evitará, a su vez, llenar esta obra de referencias y notas, por lo que aquel que desee ahondar en algún tema en concreto deberá recurrir a la bibliografía que se ofrece al final del volumen y volver a andar todo el camino recorrido por el autor.

Para terminar, quiero expresar mi gratitud a aquellos maestros que, con paciencia infinita y dedicación ejemplar, me iniciaron en el estudio del mundo bíblico. A todos los profesores del Departamento de Estudios Hebreos y Arameos de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, y en especial a la profesora María Ángeles Navarro, que, igual que a un párvulo, me enseñó mis primeras letras en hebreo; al profesor Antonio Piñero, que me dedicó parte de su valioso tiempo para introducirme por la mejor puerta posible en los estudios del Nuevo Testamento; a la profesora Pilar González Serrano, que, además de Arqueología, me ha enseñado Amistad y Humanidad, y al profesor Federico Lara Peinado, que fue el primero en animarme a escribir y que, después de dos

libros ya publicados, me sigue animando. Vaya para todos ellos mi mejor recuerdo y el deseo de que se sientan orgullosos de aquel que ha sido, y será, su alumno.

Todo mi agradecimiento también para Eugenio Gómez Segura, gran amigo mío desde hace muchos años, y que me ha ayudado más de lo que se puede imaginar leyendo todo el texto y formulando numerosas sugerencias que lo han mejorado sensiblemente. Te debo una cena. Gracias también a mi editor y (como él mismo gusta decir), sin embargo, amigo, Juan Diego Pérez, por su fe casi sobrenatural en mí y por la paciencia que ha demostrado en algunas ocasiones. No quiero olvidarme de su principal colaboradora, Ana Belén Fletes, siempre atenta, siempre alegre, siempre eficaz; ni de la maquetadora de este libro, Mila Recio, porque un libro queda bien cuando todos los que participan en su realización hacen correctamente su trabajo. Una parte del mismo también es vuestra.

La Adrada, Ávila
agosto de 2003

* Respuestas a las preguntas: 1. Mateo. 2. Mateo y Lucas. 3. Juan. 4. Juan omite el episodio, y Lucas es el único que hace referencia a un «buen ladrón».

Primera parte
El mundo de Jesús